



De creyentes *a* Discípulos

EL CAMINO PASTORAL



e625.com

Alejandro Escobedo



Esta es una muestra gratis
para que puedas espiar este libro.

En e625.com estamos muy entusiasmados
de que puedas aprovechar este contenido
y conseguir el libro completo,
ya sea en formato físico
en cualquier librería cristiana,
en nuestra tienda online
(e625.com/tienda)
o también en formato digital en:



iBooks



Google Play

Esta MUESTRA GRATIS incompleta del libro
no es para ser comercializada.©

e625.com

DE CREYENTES A DISCÍPULOS

e625 - 2025

Dallas, Texas

e625 ©2025 Alejandro Escobedo

A menos que se indique otra cosa, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la Nueva Traducción Viviente (NT V), © Tyndale House Foundation, 2010. Todos los derechos reservados.

Editado por: María Gallardo

Diseño de portada e interior: **JuanShimabukuroDesign @juanshima**

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS.

ISBN: 978-1-954149-80-9

IMPRESO EN ESTADOS UNIDOS

Contenido

Prólogo.....	7
¿Por qué escribí este libro?.....	9
La formación del discípulo	19
Juan el Bautista y el modelo del discípulo.....	33
Juan el apóstol y el modelo del discípulo.....	47
Bifurcaciones.....	59
El milagro que ocurre dentro del discípulo.....	75
Arraigados en Jesús.....	87
La gran confusión	101
Resoluciones.....	119
Oído de discípulo.....	137
Orfa y Rut.....	159
Avanzando a pesar de las lágrimas.....	175

Prólogo

Todos los discípulos son creyentes, pero no todos los creyentes son discípulos... Ese constituye el tema central de este libro, y es algo que el pastor Alejandro descubrió al calor del horno de toda una vida de servicio.

Jesús les dio a sus apóstoles en Mateo 28:19 un mandato claro y preciso: *“Por lo tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones”*. ¿Lo notaste? Él no dijo: *“Vayan y hagan creyentes de todas las naciones”*. El mensaje que leerás en estos capítulos aborda el tema vital de ser y hacer discípulos con perspectivas eternas.

La presentación de esta obra es digna de un experto que ha examinado cuidadosamente el proceso que se necesita para tallar un diamante con paciencia y arte. No es solo un pastor-profeta quien nos instruye: es un discípulo que, en la escuela de Dios, ha sido él mismo también tallado, pulido y refinado.

“Ustedes son la luz del mundo”, dijo Jesús en Mateo 5:14. Pero, ¿cómo puede alguien dejar que la luz de Dios brille a través de su vida, convirtiéndose en una bendición en este mundo oscuro? Para esto es preciso que, al igual que el artesano que trabaja con piedras preciosas, el Señor nos tome en sus manos y nos pula hasta que a través nuestro la luz pueda refractar, trayendo belleza a los corazones de quienes nos rodean.

En cada capítulo de este libro la luz divina brilla a través de un discípulo dolorosamente tallado, pulido por las circunstancias de la vida y a través de sus relaciones con otros discípulos, unidos en un mismo Cuerpo.

Gracias, pastor Alejandro, por haber obedecido la voz de Dios al escribir este libro, y por haber abierto tu corazón con tanta humildad. Eres un regalo para la Iglesia.

Vincent Fernández

Pastor de la iglesia Sin Fronteras; Longuyon, Francia

Pasteur de l'Eglise Sans Frontière, Longuyon, France

¿Por qué escribí este libro?

Lo que leerás en las siguientes páginas tiene su origen en cuatro fuentes principales.

La primera fueron una serie de conversaciones que tuve con Lucas Leys, un hombre de Dios al que admiro y respeto, y quien ha sido persistente conmigo, teniéndome paciencia cuando, desde un inicio, le expresé varias razones por las cuales no quería escribir (entre ellas, mi inexperiencia como escritor, las agendas que no coincidían y, por qué no decirlo, mi poca determinación con respecto a finalmente escribir un libro).

Ante cada uno de mis reparos, Lucas y su equipo se mostraron amigos, hermanos, y a lo largo del tiempo fueron consecuentes con su anhelo de colaborar juntos, teniendo estima por lo que yo pudiera comunicarle a la Iglesia, con la meta conjunta de sumar para el fortalecimiento del Reino de Dios en nuestros días.

La segunda fuente que originó lo que leerás en estos capítulos fue un grupo valiosísimo de personas, dentro del cual quiero resaltar a mi amada esposa Norma, a mis hijos Jahaziel, Hiram y Hanna, a mis pastores, Vincent y Marie-Elise Fernández, y al precioso equipo pastoral de la congregación que el Señor me ha confiado por gracia: Misael y Kharis, Iván y Eunice, Paco y Paty, Rogelio y Érika.

Tengo claro mi valor a los ojos de Jesús, de modo que no es que me sienta inferior, pero dar el paso de escribir por primera vez

realmente me tomó años. De hecho, mi amigo Lucas no fue el primero en instarme a poner en tinta y papel algunas de las enseñanzas, algunos de los tesoros, que Dios me dio. Pero, aunque otras invitaciones habían tocado a mi puerta, nunca quise hacerlo, en parte porque en esos momentos no tenía la quietud necesaria, y en parte porque estaba convencido de que ya se había escrito mucho al respecto.

Esto es algo que sostengo: hay muchos libros; hay mucha literatura cristiana. Desde los grandes hombres y mujeres de Dios que durante siglos han escrito para dejarnos herencia, hasta los que hoy son voces frescas que escriben para renovarnos el ánimo de vivir como es digno del Señor en todas las áreas. Entonces, viendo delante de mí un escenario como ese, más de una vez me he preguntado: *¿Para qué escribir un libro más? ¿Qué se puede añadir a lo que ya hay?*

Por eso, esta obra no pretende redescubrir la pólvora, sino compartir con los lectores algunos mensajes que han sido un *rhema* a mi corazón como discípulo de Cristo y como pastor, teniendo el anhelo de que lo que he hallado en las Escrituras pueda serles de ayuda en su propio caminar de fe.

He resaltado a mi preciosa esposa, a mis hijos, a mis pastores y al equipo pastoral que presido, porque ellos no solo me han apoyado, sino que han creído que hay cosas que Dios me ha comunicado y que vale la pena compartir con los demás. También agradezco el servicio y la amistad de Jonathan Rodríguez, quien leyó las primicias de algunos capítulos y, con su ojo profesional y su juicio honesto, comenzó a darle orden a este libro. Él me dijo que valía la pena continuar, que estas páginas merecían existir. Jonathan y Karen son un invaluable tesoro en nuestra casa de fe, Conquistando Fronteras.

Como a todo predicador, me da muchísima alegría saber que lo que he compartido bendice a otros. Sé que esto ocurre por el poder mismo de la Palabra, pero cuando la gente más cercana a nuestro corazón nos impulsa, validando el llamado que Dios hizo, es algo que a uno lo llena de valentía para honrar ese llamado y llevarlo a cabo lo mejor posible. Siempre estaré agradecido por sus vidas y por la fortaleza que ustedes son para la mía.

La tercera raíz de este libro es el sueño de dejarles a mis hijos una herencia escrita que les ayude a caminar en las sendas de Cristo como discípulos genuinos, e incluso que, cuando yo ya no esté, mis nietos —y los hijos de sus hijos— puedan “escuchar” la voz de un abuelo que oró por ellos y escribió para ellos mucho antes de que nacieran. Así podrán recuperar mis pensamientos sobre el honorable camino del discípulo de Jesús, y confío en que andarán en él.

***PASTOREAR ES RECONOCER
A AQUELLOS QUE NECESITAN
LA LUZ QUE DA LA PALABRA
DE DIOS, Y AYUDARLOS POR
MEDIO DE ELLA PARA QUE
SEA DISIPADA LA OSCURIDAD
EN SUS VIDAS.***

La cuarta y última motivación que me llevó a escribir estos capítulos es una historia pastoral; una no muy grata, por cierto, pues aún me duele recordarla...

Hace algún tiempo me encontraba en mi oficina junto con uno de los miembros del equipo pastoral. Llegó a nosotros familia con una situación que a los padres los tenía preocupados y profundamente molestos. Justificadamente molestos.

Hago una breve pausa antes de continuar para decir que mi corazón se carga cuando veo a tantos hombres de Dios con grandes dones y capacidades exorbitantes, pero que creen que el pastorado es 100% predicación pública y exposición en redes, siendo que el

trabajo de pastorear ovejas muchas veces se parece más a escenas como la que he comenzado a describir: almas turbadas que desean ser oídas o que necesitan ayuda, y conflictos no menores como el que comentaré enseguida. Pastorear es reconocer a aquellos que necesitan la luz que da la Palabra de Dios, y ayudarlos por medio de ella para que sea disipada la oscuridad en sus vidas.

Ahora sí, continuó. Resultó ser que se había suscitado una delicada situación entre uno de los hijos de la familia que he mencionado y un miembro de la congregación. Nos expusieron el caso con gran dolor. Cuando terminaron de narrarnos lo sucedido, comprendimos que no era un tema menor y que tenía que aclararse con rapidez. Los pastores que estén leyendo estas líneas pueden ya sentir conmigo la tensión que surge y la adrenalina que recorre tu cuerpo en estos momentos. Le pedimos a la familia un tiempo para proceder al diálogo con la contraparte, y les dijimos que los citaríamos después para una nueva conversación.

Así fue. Nos contactamos con el miembro en cuestión, le expusimos el caso y las evidencias que se nos habían presentado. Sin gran resistencia, él confesó y confirmó que las acusaciones que se hacían en su contra eran verdad. Su corazón se había descuidado en áreas con las que había lidiado años antes y, por bajar la guardia, cruzó líneas que no debió haber traspasado. Como correspondía al contexto, le pedimos abordar el tema y, aun con toda la problemática que se generó, estuvo dispuesto a hacer lo propio. Durante la charla le propusimos ayudarlo para mantener sano su corazón, siguiendo al Señor y viviendo conforme a Sus enseñanzas. Quiero que entiendas que no hablo como un administrador de cuentas personales, sino como un padre en la fe, orgulloso de sus hijos que saben que cuando las cosas no van bien, en Jesús, nuestro Abogado fiel, siempre hay gracia para volver a casa.

Una parte del trabajo estaba completada. Claro que la restauración no tiene lugar de un día a otro, pero la aceptación de nuestras fallas y el pedir perdón al Señor y a quienes hemos ofendido, nos coloca en la dirección ideal para reverdecer y dar frutos, plantados junto a las corrientes de agua viva.

El siguiente paso, como conviene a los santos de una misma casa de fe, y ya que se había dado la aceptación de culpa porque el Espíritu Santo trajo convicción de pecado, era organizar un encuentro entre las partes para que ambas expongan su sentir y puedan proceder al perdón.

Citamos nuevamente a la familia para unos días más tarde. Evidentemente se hallaba todavía sumida en una gran molestia, incluso sumando argumentos nuevos y elevando las críticas a niveles que reflejaban que la sanidad de su alma se estaba erosionando a pasos agigantados. Sin más dilación e intentando apagar el fuego (no para “dar carpetazo” —cerrar el caso sin más— sino para aliviar el dolor y colaborar en la restauración de todos los involucrados), el pastor que me había acompañado en todo el proceso y yo buscamos escuchar, pero también notificarle a la familia a la brevedad que el acusado en cuestión había confirmado lo comentado y se encontraba dentro de las mismas instalaciones de la congregación en ese momento, pidiendo la oportunidad de encontrarse ellos y, con nuestra mediación, pedir perdón personalmente con el fin de resarcir la afectación.

Si eres pastor, sabrás que cuando logras llegar a este punto tras una racha de varias pequeñas victorias, ya sientes que comienzas a ver la luz al final del túnel. Falta poco para que la gloriosa cruz brille en los rostros de las personas, y el perdón de pecados brinde a los corazones una nueva aurora para comenzar de nuevo.

Por eso nos quedamos helados cuando el líder de la familia nos dijo que estaba abierto a escuchar y a entrar en diálogo, pero que su esposa no deseaba ver al acusado. Además, manifestó que ya estaba avanzando para proceder de manera legal, aun cuando habían admitido ante nosotros que el daño recibido era moral y no legal.

Cuando una condición así llega a darse, el pastor debe agudizar su atención a lo que Dios le hable sobre el tema y, principalmente, debe saber en dónde están sus límites. Un pastor cuidadoso de su grey, de su testimonio, y del honor del Señor, debe tener un altísimo cuidado cuando situaciones judiciales o legales emergen entre sus congregantes. Se requiere mucha sensatez, dominio propio, humildad y sabiduría (todo en conjunto) para determinar hasta dónde involucrarse. Y quiero dejar muy claro que no es el miedo lo que nos debe detener, pero la valentía insensata o la bravuconería tampoco deben llevarnos a saltar límites.

Somos pastores. Queridos consiervos, yo sé que lo saben, pero permítanme insistir: somos pastores. Nada menos que eso, pero tampoco nada más. Y nuestros llamados tienen barreras, fronteras y límites. Y sobre todo: no somos Dios.

Un punto más que necesito esclarecer para evitar cualquier sombra de confusión es que a la luz de la ley nacional mexicana, la acusación que hacía la familia en contra de aquel miembro no consistía en un delito. Fuimos cuidadosos como equipo pastoral en esto. Llamamos a dos abogados para plantearles el escenario tal como se nos lo había comunicado, y ambos concluyeron que el daño era totalmente moral y no calificaba como un delito. Quiero aclararlo porque de otro modo alguien podría utilizar estos párrafos para decir que los pastores encubrimos delincuentes en nuestras congregaciones. Es cierto que el Señor es Juez justo, pero

también nos ordena a Sus discípulos la sujeción a nuestras autoridades, por eso nos asesoramos como era debido.

Ahora viene el desenlace. Teniendo a la familia ofendida ante nosotros, insistimos una vez más en que escucharan nuestras palabras. Esta vez busqué ser más preciso en mi hablar para que pudieran comprender la intención con la que estaba comunicándome. Tuvieron a bien oírme un poco más, así que continué. Como corresponde al oficio pastoral, ejercí como maestro en ese momento: recorrí varios pasajes a Biblia abierta para recordarles que los discípulos de Jesús somos llamados al perdón. Incluso les recordé que el Maestro nos enseñó a orar diciendo: *“y perdónanos nuestros pecados, así como nosotros perdonamos a los que pecan contra nosotros”* (Lucas 11:4a). No miento al decir que invertí una gran cantidad de tiempo exponiendo un pasaje tras otro hasta que tuve testimonio en mi corazón de haber dejado claros los términos del perdón y cómo aplican a la vida de cualquier cristiano. La respuesta de ambos padres fue: *“Queremos justicia. No vamos a perdonar, queremos demandar”*. Siendo así las cosas, les dije que yo no podía hacer nada más desde mi función pastoral y que, aunque me daba mucha pena su decisión, ellos podían proceder como consideraran mejor.

Parecía haber terminado todo, cuando ellos de repente lanzaron una nueva pregunta: *“¿Y la iglesia?, ¿qué va a hacer la iglesia?”*. Extrañado ante este nuevo interrogante, les pregunté qué querían decir con eso. Para no extenderme en pormenores, basta resumir diciendo que me pidieron que la iglesia procediera legalmente también. Una gran cólera brotó de ellos cuando les expliqué que no podía hacer tal cosa, pues el camino a seguir conforme a la Palabra de Dios era el perdón, y nuestro hermano (el que los había ofendido) estaba a las puertas esperando a ser llamado para pedir perdón en persona y aceptar las condiciones de la familia en

diálogo respetuoso. (Además de que el agravio había sido plenamente moral, por lo que no era una omisión pastoral evitar que escalara a un tema legal, pues el asunto en cuestión no lo era por sí mismo).

La tensión volvió a subir. Entre críticas al liderazgo y al equipo pastoral, y con una ira ya muy considerable, una nueva línea se cruzó. La familia exigió: *“O se va él, o nos vamos nosotros. No podemos quedarnos ambas partes en la iglesia”*.

De un tema netamente personal-familiar, ahora la situación había escalado a tal punto que no solo la ley sino también la congregación entera se veía involucrada.

Tengo paz delante del Señor al decir que mi respuesta fue la siguiente: yo no podía echar a un miembro que, habiendo aceptado sus fallas, estaba esperando la oportunidad de pedir perdón y de resarcir el agravio.

Lo triste es que ellos habían sido también una familia constante, por muchos años miembros de la congregación. Lamentablemente, esgrimiendo su posición de haber sido servidores de la congregación, demandaban ahora la expulsión de su propio hermano.

Aunque proseguimos intentando fomentar el diálogo, la familia abrazó el agravio a tal punto que, sin dar nueva pauta o apertura, decidió directamente dejar de ser parte de nuestra congregación. Y así termina la historia.

Evidentemente, retuvieron el perdón hacia su hermano, ya que nunca dieron el espacio para que se les pidiera perdón, y, de manera injustificada, la iglesia fue insultada y duramente criticada por esta familia que nunca más regresó. Y no solo eso, sino que lejos de brindarnos una nueva oportunidad de diálogo, decidieron contarles su versión de la historia a otros miembros de la

iglesia, quienes aun teniendo muchos años de ser nuestras ovejas fueron fuertemente influenciados de manera negativa por sus comentarios.

Pero mi mayor dolor ante todo esto fue darme cuenta de que en nuestra congregación teníamos personas que habían asistido durante años, que habían formado parte de nuestro liderazgo y de

***SER UN DISCÍPULO Y NO
SOLO UN CREYENTE ES
UN TEMA DEL CORAZÓN.***

nuestras áreas de servicio y ministerio... pero que quizá no habían sido nunca discípulos verdaderos. Yo no soy juez, por supuesto, y no me atrevería a decir quién lo es y quién no, pero tengo claridad en que el Maestro dijo que nuestros frutos darían testimonio de si lo seguimos a Él o no. Y aunque Jesús no nos enseñó a juzgar las intenciones del corazón, por que le pertenecen a Él (Dios soberano y omnisciente), sí nos enseñó a discernir por los frutos si es que hay o no consistencia entre Sus palabras y nuestras acciones.

La carga de pensar que pudiéramos tener otros miembros que siguieran pasando años en nuestras sedes, pero que nunca avanzaran en el camino del verdadero discipulado, fue la última fuente que avivó en mi corazón el deseo de escribir el libro que tienes ahora en tus manos.

Estoy convencido de que la vida discipular en Jesús no consiste en hacer un estudio sistemático de la Biblia durante algunos años. Tampoco depende de qué nivel de formación teológica alcancemos. No desprecio los estudios; al contrario, los valido y los aplaudo, pero ser un discípulo y no solo un creyente es un tema del corazón. Es por eso que le pido al Señor que las líneas que leerás en este libro te ayuden en tu propio caminar, y en tu tarea de hacer discípulos, y que Él toque los corazones para que nuestras iglesias (y el mundo en general) estén cada vez más llenos de verdaderos discípulos de Jesús.



e625.com
TE AYUDA
TODO EL AÑO